

La muerte de la mariposa

Zelda y Francis Scott Fitzgerald

PIETRO CITATI

Traducción de Teresa Clavel

Título original: *La morte della farfalla* de Pietro Citati

© 2016 Adelphi Edizioni S.P.A. Milán

Este libro ha sido contratado a través de Ute Körner Literary Agent

www.uklitag.com

© de la traducción: Teresa Clavel, 2017

© de esta edición: Gatopardo ediciones, 2017

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: septiembre de 2017

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta:

Francis Scott Fitzgerald y Zelda Fitzgerald

© Time Life Pictures/Mansell/The LIFE Picture Collection/Getty Images

Imagen de interior:

El Museo F. Scott & Zelda Fitzgerald en Montgomery, Alabama.

Fotografía de Chris Pruitt bajo licencia CC BY-SA 3.0, 2009

Imagen de la solapa: © Basso Cannarsa

ISBN: 978-84-946425-3-1

Depósito legal: B-17282-2017

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



La casa en Montgomery (Alabama) donde vivieron
Zelda y Scott Fitzgerald, con su hija Scottie,
de octubre de 1931 a abril de 1932.

CAPÍTULO I

Cuando en 1936 el escritor Francis Scott Fitzgerald publicó «El Crack-Up», sus amigos, sus amigos-enemigos y sus enemigos se indignaron profundamente. Se indignó, sobre todo, el más abyecto de ellos: Ernest Hemingway, que aún no se había precipitado a un abismo mucho más atroz. Prácticamente hubo unanimidad en lo que escribieron. No era posible hablar de uno mismo tal como lo había hecho Fitzgerald con cuarenta años, violar hasta ese punto el sentimiento común de la decencia divulgando los desastres y sufrimientos de la propia vida. Sin embargo, la literatura no tiene mucho que ver con la decencia y el decoro. Ni Poe, ni Baudelaire ni Verlaine respetaron las leyes de la decencia. Conocieron el fuego y el fango del infierno, pero los convirtieron en oro, se dice en el epílogo de *Las flores del mal*. Sin dudas, vacilaciones o temores, cumplieron con su deber hasta el final «como perfectos alquimistas y almas santas».

Toda la vida de Fitzgerald fue una grieta. Ya desde su infancia había vivido una serie continua de reveses:

carencias, pérdidas, desengaños amorosos, renunciaciones, abandonos, fracasos, humillaciones, heridas tremendamente sangrientas o, por lo menos, presentimientos de pérdidas y de heridas. Aunque algunos de estos reveses a nosotros puedan parecer irrelevantes, para él eran insalvables, no daban cabida a la esperanza. Lo habían apartado, marginado, excluido «del gran flujo resplandeciente de la vida». De niño, soñaba que no era hijo de su padre, sino un huérfano de sangre real; de adolescente, sus compañeros lo detestaban, por lo que se convirtió en una especie de chivo expiatorio; en la universidad nunca llegó a conseguir un papel protagonista en los clubes de estudiantes; no fue a la guerra para morir como un héroe, e incluso cuando se casó con Zelda y llegó a ser un escritor de enorme éxito, vio en el triunfo la sombra de las futuras catástrofes. Durante toda la vida imaginó que no era sino un pequeño y gris personaje de *La educación sentimental* de Flaubert, el libro favorito de Kafka.

Todo estaba perdido. Fitzgerald era siempre culpable de las cosas que, sin tener él la culpa, se le escapaban, y de las luces que se desplazaban de un lugar a otro del mundo. «No se puede tener *nada* —decía Anthony Patch en *Hermosos y malditos*—, nada en absoluto [...]. Es como un rayo de sol que entra en una habitación y se desplaza por ella. De pronto se detiene y baña de oro algún objeto carente de interés, y nosotros, pobres idiotas, tratamos de apresararlo. Sin embargo, cuando lo hemos hecho, el rayo de sol se desplaza hacia otro lado, y tú te has quedado con el objeto insignificante, pero aquel resplandor que te hizo desearlo se ha desvanecido ya...» Nada hay más

doloroso que ese rayo que se desplaza y las heridas que nos infligimos persiguiéndolo. Quien escribe poemas y cuentos busca las luces que se desplazan, los destellos, los reflejos, mientras escucha con una atención cada vez mayor algo que suena al fondo, la poderosa o imperceptible música trágica de las cosas perdidas. Si la cultivamos intensamente, la literatura nos otorga ese privilegio: «Las cosas resultan más dulces una vez que las has perdido». A medida que pérdidas, fallos, renunciaciones y derrotas se suceden, encontramos a nuestro alrededor, como un regalo o un tesoro que sólo a nosotros nos pertenece, una dulzura cada vez más profunda que nos invade el alma.

Mientras escuchaba esa música melancólica, Fitzgerald perseguía algo a lo que debería haber renunciado: el éxito. A los catorce años escribía un diario (Libro de los pensamientos) donde relataba minuciosamente los altibajos de su popularidad entre los estudiantes; a los diecinueve, le enseñaba a su hermana menor las astucias para despertar la admiración de los chicos. No quería (pensaba que no quería) a sus padres porque no eran ricos y brillantes. Quería a Zelda, su futura esposa, porque era la chica más cortejada de Alabama. Envidiaba a los ricos de Nueva York. Le confesó a Edmund Wilson (su amigo de la época de estudiante) su deseo pueril de convertirse en «uno de los mejores escritores de todos los tiempos». De ese modo, el arte de gustar no tardó en transformarse para él en una terrible obsesión. «Cualquier cosa con tal de gustar —le escribió con amarga ironía a Zelda en 1930—, no para que me confirmaran que era un hombre con algo de talento, sino un gran

hombre de mundo.» No era orgulloso, sino vanidoso; no se respetaba ni confiaba en sí mismo.

Fitzgerald sabía que todos esos deseos no tenían sentido para él: lo único que le importaba era el dolor y la música de las cosas perdidas, pero no podía evitar soñar en un futuro de triunfos fantásticos e inalcanzables. Como Balzac, era un mitómano incurable. Quería ejercer un dominio absoluto sobre las cosas cercanas y lejanas. Lo intentaba y fracasaba, fracasaba y lo intentaba de nuevo. Sólo una cosa era cierta: la derrota, la grieta, la muerte oculta tras las luces.

CAPÍTULO II

Zelda Sayre, nacida el 24 de julio de 1900 en Montgomery (Alabama), cuatro años después que Fitzgerald, parecía la cara opuesta de su marido: la imagen reflejada e invertida. De ella, jovencísima, adulta o enferma, se conservan muchísimos retratos escritos, porque casi todos trataban de desentrañar su secreto. En primer lugar, Zelda era un color, una mancha vibrante y sonora en el mundo. Tenía el cabello luminoso como el de un niño, rubio intenso o color miel o dorado oscuro; su rostro, sonrosado o moreno, siempre fresquísimo, era un emocionante destello de belleza en medio de la naturaleza. Tenía ojos de halcón: pensativos pero no tristes, duros, casi masculinos. De día, ardían sin llama; por la noche, se mostraban inquietos. Negros e impenetrables, pero siempre impacientes ante la tediosa realidad, a la que ella no pertenecía. Algunos la comparaban con una joven india o una princesa bárbara, mientras que ella se imaginaba a sí misma como descendiente de una estirpe de brujas.

Si Fitzgerald era toda una grieta, Zelda Sayre, aparentemente, no presentaba ninguna fisura. De niña no se cansaba nunca, corría sin sombrero ni abrigo incluso por el barrio negro de Montgomery. Le gustaba saltar desde las alturas: zambullirse en las piscinas, trepar a los árboles y de un salto bajar al suelo. Cuando se convirtió en una jovencita, bailaba todas las noches, siempre enamorada de algún chico. Las clases le aburrían. Fumaba sin parar, bebía ginebra o aguardiente, contaba historias escabrosas, y decía que había besado a «miles de hombres» y que besaría a otros miles más. Hiciera lo que hiciera, resultaba una mujer fascinante, tanto cuando paseaba con descaro por las calles de Montgomery como cuando hacía oscilar un palo en el campo de golf.

Nada le daba miedo: ni cosas, ni personas, ni aventuras, ni ideas. Su obstinado valor era una mezcla de puerilidad, egoísmo, fría inteligencia, violencia y desmesura a partes iguales. Sólo a sí misma se observaba con agrado. Cuando escuchaba a los demás, de pronto, inexplicablemente, le asomaba al rostro una extraña sonrisita de desprecio e indiferencia. Era su secreto. No le debía nada a nadie: su cometido era recibir regalos, regalos y más regalos del banco inagotable de la vida. El mundo era una imagen de su belleza y ella poseía el mundo gracias a la belleza. Creía que el deber de las mujeres no era garantizar la tranquilidad, como le habían enseñado en el seno familiar, sino ofender, molestar, provocar desastres. Por todo ello, Zelda suscitaba sorpresa, admiración y terror a los que la cortejaban, en primer lugar a Fitzgerald, para

quien siempre representó el más divertido y tremendo de los espectáculos.

Era la reina de las mariposas. Parecía conocer tan sólo las superficies de la vida, beber alegremente «la espuma que se forma en el cuello de la botella». Habitaba en la imaginación, interpretaba su papel como una actriz consumada, y de improviso estaba al otro lado, percibiendo las sensaciones imponderables entre el cielo y la tierra. Cuando conversaba, primero expresaba una idea con pasión, voz de contralto y un marcado acento del Sur; luego mantenía esa idea a distancia, le sonreía y, por último, jugaba al escondite con ella, haciendo variaciones y poniéndola patas arriba. Como contó Edmund Wilson, utilizaba expresiones raras, imágenes inesperadas y asombrosas comparaciones mientras cambiaba continuamente de tema, como en una novela de Sterne. Aunque no era culta, tenía muy buen gusto literario. Nunca supo escribir novelas ni relatos, pero en sus cartas, incluso las que envió desde las clínicas psiquiátricas, se entrevé siempre una pincelada de ternura, elegancia, capciosidad, extravagancia, naturalidad y artificio que las hace inolvidables.

Algunos se maravillaban de su conversación entrecortada e inconexa, de los saltos imprevistos de imágenes, de las sonrisitas, y del vacío que parecía habitarla. John Dos Passos fue quizá el primero en advertir en ella «un toque extraño». Cuando la conoció, en septiembre de 1922, chocó contra algo inexplicable. «Pese a que era realmente encantadora, me había topado con algo que me asustaba y repugnaba, incluso físicamente [...]. El abismo

que se abrió entre Zelda y yo era una cosa que no podía explicarse.» Rebecca West afirmaba que Zelda, esa mujer bellísima, era en realidad fea, porque su rostro presentaba una peculiar falta de armonía, como «los retratos de locos de Géricault; su perfil parecía construido en dos planos distintos», y recordaba las figuras que Picasso pintaba en aquellos años. Sara Murphy aseguraba que Zelda podía ser «espectral»: «A veces tenías la impresión de que estaba esperándote al acecho, con sus ojos indios».

Zelda decía que estaba poseída por los demonios, como una bruja. En una carta de 1930 a su cuñada, Fitzgerald recordó cruelmente que el padre de Zelda había sufrido una grave depresión, tres hermanas estaban neuróticas, la abuela se había quitado la vida y algunos tíos presentaban desequilibrio mental. El hermano de Zelda, Anthony, también se suicidó en 1933. Pero fue precisamente Fitzgerald quien comprendió a su mujer como nadie, el que pronunció las palabras acertadas. El 7 de diciembre de 1940, unos días antes de morir, le escribió a su hija: «Los enfermos mentales son simples invitados en la tierra, eternos extranjeros que llevan consigo decálogos rotos que no saben leer».

CAPÍTULO III

Zelda Sayre y Francis Scott Fitzgerald se conocieron en Montgomery en julio de 1918, probablemente en un baile del Country Club. Zelda tenía dieciocho años. Fitzgerald, que iba a cumplir veintidós, era primer teniente de infantería en Camp Sheridan, en las inmediaciones de Montgomery. A finales de 1917 había formado parte de las tropas que el capitán Dwight D. Eisenhower adiestraba en Kansas. Ignoro si Fitzgerald y él tuvieron alguna relación y de qué tipo, si el sagaz, cauto y desconfiado general del Día D comprendió los contradictorios sentimientos de gloria que bullían en el pecho de su mediocre oficial, quien soñaba tanto con morir luchando en los campos de batalla de Francia como con la gloria literaria.

Aquella noche de julio, Zelda y Fitzgerald bailaron largo rato juntos. Según una tardía versión de Zelda, Fitzgerald, enfundado en su precioso uniforme, desprendía un olor de tela nueva. «Estar junto a él, con la cara entre su oreja y el rígido cuello del uniforme, era como ser introducido en los almacenes subterráneos de una tienda

de preciosas telas, que destilan la delicadeza de los percales y los linos, y de los lujos envueltos en sacos.» Según otra versión, también de Zelda, Fitzgerald parecía tener bajo los omóplatos «un gancho celeste que levantaba sus pies del suelo en una suspensión estática, como si gozara en secreto de la facultad de volar». A Zelda le gustaban las flores, el perfume de las mariposas y de los jardines a la hora crepuscular, el pelo corto y las divisas de diferentes colores que los jóvenes oficiales le regalaban. También Fitzgerald le dio sus divisas. Con suma ecuanimidad, Zelda las guardó junto a decenas más en una gran caja de guantes.

En febrero de 1919, Fitzgerald fue a Nueva York para intentar publicar sus primeros cuentos, pero sólo encontró un trabajo mal pagado en una agencia de publicidad. Le escribía a Zelda todos los días. La mayoría de sus cartas se han perdido; probablemente Zelda las destruyó, o ardieron en la hoguera final de su vida. Sí conservó, en cambio, un telegrama carísimo de Fitzgerald, porque le encantaba la gloriosa premura de los mensajes telegráficos: «Este mundo es un juego, y mientras me sienta seguro de ti, amor, todo es posible. Estoy en la tierra de la ambición y el éxito y lo único que espero y en lo que confío es que mi corazón adorado esté pronto conmigo». Nada era un juego, especialmente en Nueva York, y casi nada era posible, ni para ellos ni para ningún otro ser humano.

Mientras tanto, Fitzgerald colmaba a Zelda de regalos. Primero un pijama —un «claro de luna», una «nube», un «sueño»— con el que le dio la impresión de haberse convertido en una portada de *Vogue*. Luego el anillo de

compromiso, que había pertenecido a la madre de Fitzgerald y ahora brillaba en su dedo «gracioso y blanco como nuestro amor». Luego un abanico de plumas del color de los flamencos: «Estas plumas —escribió Zelda—, estas maravillosas, maravillosas plumas son la cosa más bonita del mundo, suaves como polluelos y rosadas como el resplandor del hogar. Me siento inmensamente rica y ostentosa abanicando el aire a mi alrededor y ocultándome tras ellas». Luego un suéter. Por último, Fitzgerald le regaló un reloj de platino y diamantes que había comprado con el dinero que le pagaron por los derechos cinematográficos de un cuento. «He decidido, como hago todas las noches antes de acostarme —le respondió Zelda—, que eres el hombre más adorable, el más adorable del mundo, y que te quiero incluso más que a esta cosita deliciosa que *tictaquea* en mi muñeca.» Zelda quería que él la llevase como si fuera un anillo, un traje, un abanico, un reloj o una flor en el ojal. A lo largo de toda su vida pretendió ser un espléndido y perfumado ornamento para lucirlo ante el mundo.

Las cartas impacientes y anhelantes, los regalos delicados y espléndidos no colmaban el vacío entre Nueva York y Montgomery. Zelda coqueteaba con otros, oficiales y no oficiales, lo que despertaba los celos de Fitzgerald: él quería encerrarla en una torre como a una princesa de Maeterlinck, y cada vez que iba en tren a Montgomery debía reconquistarla. «A menudo —piensa en su nombre Anthony en *Hermosos y malditos*— se sentía como un invitado al que se acepta a regañadientes en una fiesta dada por ella.» A Zelda le gustaba hacerle sufrir:

«Eres tan dulce cuando estás melancólico... Me gusta tu triste ternura cuando te he herido». La ternura de Fitzgerald se tornó cada vez más melancólica, lo que reactivó su condición de rechazado.

A mediados de junio de 1919, Zelda fue a Atlanta, en Georgia, para asistir a un torneo de golf, el Georgia Tech. Flirteó durante unos días con un joven campeón de golf, Perry Adair, que le regaló, como muestra de afecto, el distintivo de su asociación universitaria. Cuando regresó a Montgomery, Zelda pensó en su amado, que, lejos de ella, trabajaba para ella; recordó el pijama, el anillo y el abanico del color de los flamencos: se arrepintió y le devolvió a Perry Adair el distintivo, acompañado de una carta «de tono sentimental» en la que trataba de mitigar su rechazo. Mientras, con la otra mano, le escribía una carta de amor a Fitzgerald. Aquel día Zelda estaba distraída: introdujo la carta «de tono sentimental» en el sobre destinado a Fitzgerald, y la carta de amor y el distintivo en el sobre donde había escrito el nombre de Perry Adair. La confusión no acabó aquí. Nada más recibir la carta amorosa que no iba dirigida a él, Perry Adair la introdujo apresuradamente en otro sobre y se la mandó al lejano prometido de Nueva York.

Fitzgerald enloqueció de celos y de ira, y telegrafió a Zelda ordenándole que no volviera a escribirle nunca más. Pese a la prohibición, Zelda respondió con una cauta y respetuosa cartita sin el habitual «Queridísimo Scott», intentando explicar lo que había sucedido: «Lo siento mucho, Scott», dijo, sin sombra de arrepentimiento, y propuso mandarle tres fotografías en las que llevaba sombre-

ro —el «radiante retrato»—, y que un fotógrafo de Montgomery acababa de hacerle. Fitzgerald no se resistió: tomó el primer tren para Montgomery, los dos lloraron, bebieron botellas de ginebra y se besaron apasionadamente en el salón de la familia Sayre. Fitzgerald le rogó, le imploró a Zelda que se casara con él inmediatamente, pero ella se negó con obstinación. Entonces él regresó a Nueva York, dejó el trabajo y se pasó semanas emborrachándose desesperadamente. Tal vez intentaba matarse o se imaginaba que era eso lo que hacía. Pero los brazos afectuosos de la Ley se lo impidieron: en julio de 1919, las leyes prohibicionistas aprobadas por la Cámara de los representantes cerraron todos los bares y las tiendas de venta de alcohol de Estados Unidos. Había perdido a Zelda para siempre. «Para mí —le escribió Fitzgerald a una amiga— es una gran tragedia, y siento que me queda poquísimo por lo que vivir.»

Y de repente dejó de beber. Volvió a la casa familiar, en Saint Paul, y comenzó a reescribir febrilmente su primera novela, «El egotista romántico», cuyo título acabó siendo *A este lado del Paraíso*. «Era —escribió muchos años más tarde— mi as en la manga.» El 10 de septiembre, la editorial Scribner's aceptó el libro. Fitzgerald hubiera querido publicarlo enseguida, antes de Navidad, o como muy tarde en febrero, porque le parecía que estaba corriendo hacia la felicidad contra el terrible compás del tiempo. No sabía que ganaría la carrera. Cada mes, cada día, cada minuto contaban enormemente, y él hubiera querido acelerar los minutos, adelantar al tiempo, adentrarse de un salto en el futuro. Sin embargo, tar-

dó en escribirle a Zelda, como si en esta ocasión fuera él quien dudara. Hasta muy entrado el mes de octubre no le propuso que volvieran a verse. Desde Montgomery llegó la respuesta: «Estoy contentísima de que vengas, tenía muchas ganas de verte (cosa que probablemente sabías), pero no podía pedírtelo [...]. Es curioso, Scott, no me siento en absoluto indecisa ni presa de “lo que se debe y no se debe hacer”, como acostumbraba a sucederme antes cuando venías. Deseo de veras verte, eso es todo». Fitzgerald seguía sin estar seguro: temía tener tan sólo una «mínima probabilidad», y esperó hasta los últimos días de noviembre para ir a Montgomery.

Como le escribió a su hija al final de su vida, Fitzgerald sabía que Zelda era más fuerte que él, y a veces lo consideraba un gallina. Pese a la belleza de sus novelas, llegaba a reconocer que ella, en los momentos más elevados, poseía «una llama más intensa que la que yo haya tenido jamás»: la fuerza desbordante de la locura. Así pues, Zelda buscaba o perseguía a un hombre más fuerte que él en quien apoyarse. No lo encontró nunca. Pero también era cierto lo contrario: pese a ser tan presuntuosa, obstinada e inflexible, Zelda fue sólo la «niña» de Fitzgerald, bastante más que su hija, a la que educó con severidad y rigor. La *reina de las mariposas* necesitaba protección de su marido, porque únicamente a través de él el mundo le resultaba visible y palpable.

Tal vez no existían ni fuertes ni débiles, ni niños ni adultos. Zelda y Fitzgerald eran demasiado afines, tan afines como raramente fueron seres humanos, y el exceso de afinidad entre los dioses y los hombres, al igual que

entre los hombres y las mujeres, abraza los corazones y las vidas. Tanto en su dimensión de personas como en la de escritores, eran cómplices. Fitzgerald copiaba las cartas y los diarios de Zelda y los incorporaba a escondidas a sus libros: *A este lado del Paraíso*, *Hermosos y malditos* y *Suave es la noche*; le presentaba a su esposa, página tras página, sus cuentos y novelas, y cuando no conseguía ver a los personajes del *Gran Gatsby*, ella los dibujaba repetidamente hasta que le dolían los dedos, tratando de capturar las imágenes que rehuían la pluma de su marido. Eran la misma persona con dos corazones y dos cabezas; y esos corazones y esas cabezas se volvían apasionadamente el uno hacia el otro, el uno contra el otro, hasta arder en una única hoguera.